

“Es a través de la belleza como se llega a la libertad”

Ya en 1794, el poeta, dramaturgo y pensador alemán Friedrich Schiller se lamentaba de que el arte tuviese que subordinarse al “yugo tiránico” de la necesidad. “La utilidad es el gran ídolo del tiempo –añade en el fragmento que publicamos extraído de la segunda de sus célebres Cartas sobre la Educación Estética del Hombre- para el que trabajan todas las fuerzas. En esta ruda balanza no tiene ningún peso el mérito espiritual del arte y, privado de todo estímulo, desaparece del mercado ruidoso del siglo”

Friedrich von Schiller

¿No podría yo hacer de la libertad que me permitís otro uso mejor que ocupar vuestra atención en el escenario del arte? ¿No es, al menos, intempestivo buscar un código del mundo estético, puesto que las cuestiones del mundo moral ofrecen un interés mucho más próximo y, mediante las circunstancias temporales, se le requiere tan insistentemente al espíritu filosófico de investigación ocuparse de la obra artística más perfecta de todas: la construcción de una verdadera libertad política? No quisiera vivir en otro siglo y haberle consagrado mi esfuerzo. Se es tan ciudadano del mundo como del Estado; y si se encuentra indecoroso e incluso ilícito excluirse de las costumbres y hábitos del círculo en que se vive, ¿por qué habría de ser menos obligatorio hacer oír la necesidad y el gusto del siglo en la elección de la propia actividad?

Sin embargo, esa voz del siglo no parece ser en ningún modo ventajosa para el arte, al menos para aquel al que está dirigido únicamente mi análisis. El transcurso de los acontecimientos le ha dado al genio del tiempo una dirección que amenaza con alejarlo cada vez más del arte del ideal. Este arte tiene que abandonar la realidad y elevarse con noble audacia por encima de la necesidad de los espíritus y no de la indigencia de la materia. Pero ahora reina la necesidad y somete a la humanidad bajo su yugo tiránico. La utilidad es el gran ídolo del tiempo, para el que trabajan todas las fuerzas y al que han de rendir homenaje todos los talentos. En esta ruda balanza no tiene ningún peso el mérito espiritual del arte y, privado de todo estímulo, desaparece del mercado ruidoso del siglo. Incluso el espíritu filosófico de investigación arranca a la imaginación una región tras otra, y los límites del arte se estrechan a medida que la ciencia amplía los suyos.

Las miradas del filósofo, como las del hombre de mundo, están ansiosamente fijadas en la escena política, donde ahora, según se cree, se gesta el gran destino de la humanidad. ¿No denuncia una indiferencia reprochable contra el bien de la sociedad el hecho de no intervenir en esta conversación general? Por mucho que ese gran comercio jurídico, debido a su contenido y sus consecuencias, importe a todo aquel que se llame hombre, otro tanto tiene que interesar, debido a su forma de discusión, a cualquiera que piense por sí mismo. Una cuestión, que se resolvía antes únicamente por el ciego derecho del más fuerte, se ha planteado ahora, según parece, ante el tribunal de la razón pura, y solo quien sea capaz de trasladarse al centro del todo y elevar su individualidad a la especie puede considerarse como asesor de aquel tribunal racional; y, por otro lado, como hombre y ciudadano del mundo, es, al mismo tiempo, parte en el proceso y se ve interesado más o menos directamente en el resultado del mismo. Por tanto, no es solo su propio asunto el que se

decide en este gran litigio; el fallo debe establecerse según la norma que, en su calidad de ser razonable, está en la capacidad y en el derecho de dictar.

¡Cuán atractivo sería para mí analizar semejante tema con un hombre que une a su talento de pensador el espíritu liberal del cosmopolita y dejarle la decisión a un corazón que se consagra con noble entusiasmo al bien de la humanidad! ¡Qué sorpresa tan agradable encontrar el mismo resultado en su espíritu libre de prejuicios, en el terreno de las ideas, a pesar de la diferencia de posición y la gran distancia que exigen las relaciones en el mundo real! Si me resisto a tan seductora tentación y doy paso a la belleza antes que a la libertad, creo poder justificar esta preferencia no sólo por mi inclinación personal, sino también por los principios. Espero convencerle de que esta materia es mucho menos ajena a la necesidad que al gusto de la época; que hay que emprender el camino a través de lo estético para resolver prácticamente aquel problema político, porque es a través de la belleza como se llega a la libertad.

Traducción de Vicente Romano García.

Editorial Aguilar, Buenos Aires 1981.